

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8278

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 10 de Junio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas puminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*

BISMUTO Y CERIO
VIVAS PEREZ

CURA inmediatamente de:
Diarreas (de los niños y de los viejos)
Colera. Tifus.
Difteria.
Disenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)
Catarros y ilusiones en estómago

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA SEMANA ANTERIOR.

Mi querido J.: Tengo ante mi vista tu tarjeta fechada el sábado, en la cual me comunicabas tu viaje al campo; añadiendo que me distinguías burlándome, por esta semana, tu cargo de revistero, ó cosa así.

Gracias mil por tal distinción, aunque puedo asegurarte que más me habrías distinguido, si no te hubieras acordado de mí en este caso.

No sé, por más que he meditado desde el sábado aquí todo cuanto puede meditar el más meditando, como podré complacerte sin dejar descontentos á los lectores de El Eco.

¿Porqué, chico, tendría gracia, que si algún abonado te se borra después de leer la reseña que yo podía escribir, me exigirás daños y perjuicios?

Con todo pueden gastarse bromitas, menos con el bolsillo, especialmente después de equiparse para la temporada de verano. Y tú ya sabes que yo me equipé hace unos días, desde que el calor se presentó en escena, y sabes también, por consecuencia, que se fueron mis ahorritos... Con que, repito, si algún suscriptor deja de serlo, no me hagas responsable. Tu lo eres en absoluto. ¡Ah!... y te prohibo terminantemente que hagas comentarios de mi escrito, porque yo detesto los comentarios. No ignoras á los que ha dado lugar, durante la semana, la corrida del domingo pasado, y sabes también que entre ciertos elementos hubo sus disgustillos. De manera que quedan desahogados.

Si la corrida fue buena, y el público quedó satisfecho del ganado, de las cuadrillas, de la empresa... y apesar de esto, comentando el asunto se disgustan, haciéndolo tú de mi revista, que será muy mala, figúrate á donde podíamos ir á parar.

Te supongo enterado de que *Espadero* ha resultado poeta. Ya verías su *soneto* que lo justifica. Según he oído, el *Gorro* es aficionado á la pintura, y ha hecho obras de mucho nombre. Su color favorito es el rojo.

La Millanés continúa en Maiquez. Está poniendo algunas piecicillas muy nuevas. Entre ellas, recuerdo *Noticia fresca*; y la dieron como *estreno* en aquel teatro. Efectivamente, en él fue estreno cuando se estrenó, hace unos siete años. ¡Noticia fresca!

Han empezado á colocarse en varios sitios de la población columnas mingitorias, que buena falta hacían, porque, chico, el que estando en las puertas de San José necesitara de ellas, tenía que encaminarse á la plaza de las Monjas, y como comprendes, por mucho que apretara el paso, si lo otro apretaba más, no se llegaba nunca á tiempo.

Ahora ya puede uno salir á la calle tranquilamente. ¡Figúrate si es ventajal!

En buena hora has marchado al campo, donde disfrutarás seguramente del fresco que aquí no se deja sentir por nada del mundo. Si por cada gota de sudor que derramamos nos dieran un real seríamos pronto millonarios.

El circo de la calle Real va estando dispuesto para abrir sus puertas. La compañía de ópera que lo inaugurará está compuesta de artistas notables; porque la *Natividad Martínez* y la *Bañalá, S.rra* y *Bañalá* son cantantes muy reputados.

¡Valiente temporada se presenta, teatralmente considerada!

Y ahora que hablo de teatros, me figuro estarás enterado de que las señoritas y señores murcianos van á llevar á efecto un espectáculo cómico-lírico, cuyos productos se destinan á un benéfico fin.

En el programa figura la zarzuelita *Los trasmochadores*. Tendrá que ver el coro de estudiantes compuesto de lindas murcianas! ¡Ah! Y tengo entendido que alternarán con las hijas de las flores, como dijo el poeta Arróniz, las hijas de la mar, ó una digna representación de las mismas hablando propiamente.

Mas basta de noticias, y vuelvo al asunto principal, es decir á lo de la reseña.

Pero ahora que reparo, esta carta pudiera servir muy bien, ó muy medianamente, de revista semanal, y como inserta en EL Eco tú la habrás de leer, me decido á insertarla matando, de ese modo, dos pájaros de un tiro.

Quedás, pues, complacido amigo J. por tu *suplente* que no te *suplirá* otra vez.

K.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

AGAPITA

Charada

Si dices que *prima* tres fue un *gran* *primero* *del* *tercer*, sus contrarios *tres* *primera* un título de *Marqués*.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

TEOFILO GAUTIER Y LOS PIANOS

Hace algún tiempo los periódicos parisienses publicaron una sátira muy espiritual contra los pianos, que en ella eran calificados de instrumento infernal.

Esta sátira era original de un escritor francés, E. Reyer, que mucho antes la había concebido en unión de Teófilo Gautier, su íntimo amigo.

En aquel tiempo—era en 1860—Gautier vivía en una casita de un solo piso, pegada á un jardín que tenía una fuente de una frescura deliciosa, y situada cerca de la avenida de Neuilly.

Fácil era reconocer esta casa en su fachada, adornada por un busto en bronce de Lúculo y flanqueada por una pequeña torrecilla, en la cual había colocado Gautier su observatorio.

Poseía un telescopio bastante poderoso, con el cual observaba las estrellas, porque, digámoslo de pasada, el autor de «La señorita de Marquins» y de «Esmaltos y Camafleos» se ocupaba en astronomía.

Había meditado mucho sobre las «Lecciones de astronomía», de Francisco Arago, y sobre la «Mecánica celeste» de Laplace.

Casitodo el entresuelo de la casa estaba ocupado por una gran sala rodeada de banquetas cubiertas con cogines.

En el fondo, un piano. Allí era donde Gautier recibía á sus amigos.

Fumando un cigarro le gustaba tenderse en estas banquetas, abandonarse á toda su verbosidad, y pensando, pensando, entregarse á esas encantadoras paradojas que en sus labios eran verdades exageradas.

La compañía de Reyer, cuya mirada viva y animada conversación le ponían de buen humor, le hacían pasar ratos muy agradables.

Una mañana hablaban los dos, deshaciéndose en imprecaciones contra los pianos.

Gautier decía:

—Si yo no tuviera hijas que se creen músicas, hace tiempo que hubiera hecho quitar de aquí ese mueble.

—Es inútil,—replicaba Reyer,—déjale; con tal de no tocarle...

Aquí llegaban de la conversación, cuando entró el criado de Gautier anunciando que una persona quería hablarle.

—¿Quién es?

—Señor, un pianista.

—¡Un pianista,—gritó Reyer.—¡Pues la hemos hecho buena!

El criado, que había salido, volvió al instante trayendo una tarjeta en la que había escritas estas palabras:

Z. Ziski.

pianista de Cámara del príncipe reinante de Valaquia.

Y debajo lo siguiente:

«Mi querido Theo: Me tomo la libertad de enviáros á Mr. Ziski, artista muy distinguido, y recomendarle á vuestra atención.

Gracias anticipadas, y es siempre suyo.

Victor Hugo.

Al acabar la lectura de esta nota, Gautier pareció anonadado.

Se la largó á Reyer, que se contentó con responder.

—No puedes dispensarte de recibir esa visita, porque viene provista de un pasaporte ante el cual deben abrirse todas las puertas, sobre todo las de un poeta.

En seguida hicieron entrar á Ziski en el salón.

Era un hombrecillo muy guapo, vestido á la húngara.

Llevaba botas de montar que le llegaban á las rodillas, calzones grises y una túnica adornada con galones de oro.

Saludó á Gautier con mucha gracia y le dijo.

—Caballero, se que sòis un maestro y he leído vuestras obras.

Se también que os gusta poco la música y que el piano no tiene toda vuestras simpatías, pero soy pobre, y por eso me ha dado esa recomendación Mr. Victor Hugo.

«Si Gautier, me ha dicho Mr. Hugo, os concede veinte líneas en su folletín crítico, pronto sereis el pianista á la moda, y con seguridad habeis hecho vuestra suerte.»

—Hugo exagera mi influencia—respondió Gautier—pero yo no puedo negarle nada, y podeis contar con que hablaré de vos.

Ziski se inclinó y dijo:

—No intento mi querido protector, tocar una pieza muy larga; pero sin embargo quisiera haceros comprender en que diferó de los grandes maestros por mi manera de tocar.

Aquí precisamente hay un piano; prestadme dos minutos de atención, nada más que dos minutos.

—Pero es que este piano no se afina desde hace mucho tiempo.

—Mejor—dijo Ziski; me gusta más así.

Estas palabras hicieron reír á Reyer que ya había comprendido que trataba con un ente original, pero muy simpático.

Ziski se sentó al piano.
—Voy á elegir—les dijo—una pieza de Chopin, y á tocarla segun el método de Talberg, de Rubinstein y de Listz.

Enseguida, imitando á Talberg, golpeó sobre el piano de tal modo, que parecía querer romper todas las cuerdas; luego, al llegar á cierto lugar de la pieza, hizo observar que aquí es donde fingian sentirse mal los señores dilettantis del Conservatorio.

Después de Talberg tocó su vez á Rubinstein.

Hizo salir de sus dedos tempestades de notas, más limpias las unas que las otras.

Llegó el turno de Listz. Entonces Ziski se recogió, se pasó una mano por los cabellos, fue á mirarse en un espejo y luego volvió á sentarse sobre su banqueta.

Y luego revolviéndose como el diablo en una pila de agua bendita, se vierón sus manos febrilmente crispadas recorriendo todas las octavas á la vez y ejecutar esas escalas que hacían pensar que sus dedos habían sido reemplazados por garras.

Bajo su túnica, ceñida al cuerpo, notábanse las ondulaciones de su cintura.

Hubiérase dicho que se sentía próximo al vértigo.

Se detuvo, y luego dirigiéndose á Gautier y á Reyer.

—Señores, he imitado lo mejor que he podido á los tres grandes maestros cuyos nombres os he dicho, y casi creo haber vencido las dificultades que han superado; pero lo que ni Talberg, ni Rubinstein, ni Listz han podido hacer nunca, es esto:

Y entonces, echándose atrás su banqueta, dió tres enormes saltos mortales, y después de este violento esfuerzo vino á inclinarse ante Gautier haciéndole una reverencia irreprochable.

Gautier y Reyer, encantados y llenos de admiración, se sintieron subyugados por tan buen humor, y á la semana siguiente consagraban al pianista de cámara del príncipe de Valaquia sendos artículos que le pusieron en moda, hasta el punto de que todos los conciertos solicitaban su concurso.